



A la hora en que regresaba a Cuba el General Gómez, para ya reposar eternamente entre nosotros los que bien le queríamos y le estamos llorando, por el paseo del Malecón—solo, y a solas con su conciencia—paseaba su “spleen” de raza el General Crowder... nuestro huésped “malgré-nous”.

El vió el desfile de la flotilla funeral.

El vió, en la rada donde debíamos vitorearlo vivo, a los que le lloran muerto.

¿Qué sintió, en ese instante, ese hombre inalterable, frío, despectivo, solemne, huraño, seco y esquivo?...

El vió el cuadro; luego, tuvo—a su pesar—que sentirlo, que comprenderlo.

Si sus ojos no le mintieron, tampoco le habrá podido mentir su corazón. Ese que vuelve a reposar entre los suyos, ya despojo inerte y sin alma, fué, para los cubanos, el hombre de todas las esperanzas nacionales: fué el ídolo y el caudillo, el único candidato posible dentro de nuestra realidad política.

Despojado, acude a pedir justicia. Y cuando a esta justicia se le pone precio de esclavitud indefinida, él, maltratado y burlado, grande en su renunciamento como lo fué en el empuje que lo debió llevar a la victoria, desiste de su empeño y por espontánea voluntad renuncia a su derecho.

Tras del despojo la serenidad que le hace sentir, por sobre las pequeñas pasiones, su deber de cubano. Luego, la resignada y noble actitud del que ha hecho el bien cuando le han inferido mal. Después, la muerte. Y, peregrino inerte de un derecho renunciado, su vuelta a la patria: la paz, y al mismo tiempo la gloria.

¿Ha pensado acaso en todo eso el General Crowder, anoche, cuando sus ojos de apagada luz vieron llegar al vencedor de la ignominia?...

General: una lágrima por aquel que perdonó a todos los que le persiguieron.

Una lágrima no siempre logra perdón, pero sí olvido.

¡Y es mucho mejor que olvidemos, General Crowder!

Un lector—ahí va el nombre, aunque sea indiscreción: Adolfo Franco—nos escribe. Y, pues lo que nos dice no riñe con nuestro pensamiento sobre el mismo tópico, reproducimos, tal y como ha sido recibida, su carta flageladora:

“He leído qu el General Menocal, utilizando nuestra Secretaría de Estado y Legación en Washington, da el pésame a la viuda y familia del General Gómez.

“Si es cierto, que no lo dudo, Menocal con esto sólo demuestra lo insincero de su condolencia, pues debió de haberse dirigido directa y personalmente como lo han hecho miles de cubanos, si que también su obstinada creencia de ser exclusivo producto de una super-casta de cubanos, creencia incubada en su enfermiza imaginación de mayoral.

“Esta es una ‘boutade’ muy digna de él mismo. A su vez malsana y estúpida, con el agravante, que tomándola como precedente, pudiera mañana ocurrírseme a mí o a otro cualquier ciudadano, querer usar las mismas vías diplomáticas-oficiales, para asuntos y anteojos personales.

“Decididamente que todo lo que se relaciona con Menocal resulta singularmente curioso y pintoresco, y opino que está usted en un deber, señor periodista, a criticar ridiculizando esta nueva menocalada.

“Es necesario que en beneficio de Cuba y sus instituciones democráticas, todos los ciudadanos conscientes combatan estos tipos e tragi-sainete que nos van quedando; y para ello no habiendo mejores armas que las del ridículo y la ironía, de las que es usted maestro, es por lo que a usted apelo”.

No somos, no, maestros de la ironía. Somos, a lo más, cubanos que sabemos sentir en cubano. Y nada más.

Al paso del armón cinerario por las calles de la Habana—ni cuando la muerte del Generalísimo tan atestadas de multitud—el pueblo, en pugna con el orden público, quiso cargar el féretro cubierto por la bandera de sus amores.

Handwritten signature or initials.

TRIMONIO DOCUMENTAL
OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

2

¿Quién puede evitar, en el entierro, un desbordamiento de ese mismo pueblo que anoche no supo ni pudo contenerse?...

Por eso, contra lo que dispongan espíritus disciplinarios sin disciplina, la corona de la Ciudad—que es como si fuera de toda la Nación—debe servir de cerco al féretro; y así, que la tal cadena floral, ofrenda del pueblo que conducirá el pueblo, sirva de barrera a la impaciencia pública, al temido desborde de una multitud que quiere, así como lo condujo una vez al triunfo, llevarlo esta vez por sus propias manos a la mansión de donde no se va sino a la gloria o al olvido.

Geraldos, junio 19/21



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA